

CAPITULO CXXXVIII.

En que se prosigue la misma materia.

Año de
1542.

Retirados los españoles, quedóse Miguel de Ibarra paseando en su caballo, armado, por la entrada de las albarradas, mirando por do se entraría, y estando en esto, le salió al camino un indio, y llegándose á él le dijo: "Señor, véngote á avisar de lo que hay en el peñol; has de saber que están en mucho aprieto los indios enemigos y que D. Francisco, el señor y cacique de los caxcanes, me envía para que te diga que te quiere hablar en un callejón que está hacia donde tú guardas; vé allá, que conviene." Sería esto á prima noche, y Miguel de Ibarra dijo: "¿Eso es cierto?" A que respondió el indio que sí y que no temiese, y fuese; y el indio se fué luego y entró en el peñol y le dijo al cacique cómo había hablado á su señor Miguel de Ibarra y que allí estaba en el puesto, que fuese; con que el cacique D. Francisco fué al puesto señalado á ver á su encomendero Miguel de Ibarra, y estando juntos, el indio comenzó á clamar y á llorar con él (era este cacique de muy buena persona). Miguel de Ibarra le aplacó y dijo: "¿Cómo! D. Francisco, ¿andais en esto? ¿Por qué no os habeis bajado, pues el virrey os ha perdonado? Ya yo no hallo remedio y sé que os han de acabar á todos y destruir." A esto respondió D. Francisco: "Señor amo, yo no tengo la culpa, sino D. Diego, el cacique 'tzacateco que lo ha contradicho, y porque soy del bando español me han querido todos matar, con que aquí estos me tienen muy oprimido, y los españoles allá; y sobre todo hay mucha hambre y sed, porque se ha agotado la fuente y se ha secado, permitiéndolo Dios por nuestras maldades. No sé qué hacerme, y sé que si mañana acometen los españoles al peñol, le han de ganar, porque no hay agua ni qué comer, ni fuerzas, ni quien

pueda defender la entrada. Amo y señor mío, á tí me encomiendo." Habiendo oído esto Miguel de Ibarra, le dijo: "¿Qué quieres que haga por tí? Dímelo, que yo por tí pondré la vida." Entonces el indio le dijo: "Señor, por este callejón hay salida; yo me he de huir y es fuerza pasar por tu puesto con toda mi gente, mujer y hijos; por amor de Dios no me descubras." Miguel de Ibarra le prometió hacerlo y así se trató y concertó que á media noche estaría en el puesto y le sacaría, y que sacase su gente y parcialidad, y en señal de paz y que sería así, le dió un bonete de grana. Hecho este concierto, se despidieron y luego Miguel de Ibarra se fué á su cuartel y puso su gente en vela, retirándose con ella un poco más desviado del camino de Xala, y teniendo su gente asegurada, cuando le pareció que era hora, dijo á los soldados que él quería ir en persona á velar aquel cuarto de la media noche, porque convenía hacerlo él, y así se armó y fué con los soldados de su vela, y habiendo llegado, les mandó que se desviasen, y que por cosas que viesen, callasen, que seguros estaban; y al cabo de un rato encontró al indio su criado, el cual le dijo: "Señor amo, D. Francisco está en el puesto y callejón secreto; llámale para que le saques, que no quiere salir sino por tu mano." Con esto se fué Miguel de Ibarra hacia el callejón y llamó á D. Francisco y le preguntó si estaba apercebido, y el D. Francisco respondió que sí. Volvióle á preguntar que á donde determinaba ir con su gente, á lo cual el indio dijo: "Señor, vamos á Xalpa á escondernos," y luego Miguel de Ibarra le volvió á decir: "Pues no hagais mudanza de allí hasta que yo os avise; id con Dios y salid sin ruido hasta que pase esta furia."

Luego comenzaron á salir con el Don Francisco más de dos mil indios con sus hijos y mujeres, y preguntóle Miguel de Ibarra: "¿Hay más?" A lo cual respondió: "Señor, los que son de mi bando y parcialidad están ya fuera; allá quedan otros tantos. Paguen, pues se han hecho del bando del cacique Don Diego;" y luego cerraron el callejón como si no hubieran salido, y Miguel de Ibarra lo sacó con los soldados hasta media legua, y les dijo que se fuesen. Otra vez volvió á la vela y

rindió su cuarto, habiendo mandado á sus soldados guardasen el secreto, como lo hicieron; y otro día de mañana al amanecer, hubo un gran murmullo en el peñol de los enemigos, y Miguel de Ibarra se llegó al gobernador Oñate y le contó lo que había pasado, al cual pareció bien, y le dijo que á medio día se ganaría el peñol por las necesidades que padecían los cercados, según que había dicho Don Francisco, y que así fuese su señoría al combate. Y luego que amaneció, se armó el gobernador Oñate y fué á decir al virrey se desviase de donde estaba, porque no usaban de la artillería, ni se atrevían porque pasaban las pelotas por encima del peñol y iban á dar en su tienda, y el día antes había llevado una pelota un pedazo; y así se desvió el virrey á otro lado más seguro. Hecho esto, apercibió toda la gente del ejército, así á los de á pié como á los de á caballo y indios amigos para acometer, dándoles el orden que habían de guardar, y que la artillería se jugase más apriesa, porque ya estaba desviado el virrey y en seguro puesto. Y estando todo á punto, temiendo los enemigos, acudieron á fortalecerse; pero la artillería los ojeó y echó de allí. Y luego Cristóbal de Oñate animó á los soldados diciendo: "¡Ea, leones de la Galicia, á ellos Santiago!" con que arremetieron á ganarles la entrada y les ganaron las cuatro albarradas, con muerte de muchos enemigos, y así que las iban ganando, las iban acabando de derribar y allanando los mexicanos amigos, andando entre ellos los de á caballo alanceando y matando enemigos, con que los retiraron; y estando los enemigos en guarda de sus últimas albarradas, se disparó la artillería y mató á los que las guardaban, y viéndolo los soldados, arremetieron y se las ganaron, y los primeros que entraron en el peñol, fueron Juan Delgado, soldado que fué de Nuño de Guzmán, de quien no quedaron herederos; y Alonso de la Vera, soldado del Adelantado Don Pedro de Alvarado; y lo hicieron tan valerosamente estos dos, que resistieron toda la batería de los enemigos, llevando siempre la delantera, hasta que entró el tropel de á pié y á caballo; y viendo los enemigos su daño, por no darse á prisión, se despeñaban por la parte por do el vi-

rrey estaba, que daba lástima verlos, porque desta suerte, murieron más de dos mil, y fueron cautivos más de mil, y todos los demás huyeron, y los que se rindieron, fueron más de diez mil combatientes, con que no quedó ninguno, porque á todos los sacaron del peñol y pueblo de Nochistlán.

Acabado de ganar el peñol, luego el virrey mandó echar en colleras á todos los indios que se dieron por esclavos, y entre ellos á Don Diego, el cacique tzacateco, y hecho esto, trató el virrey, después que descansaron dos días, de ir á combatir el Mixton, porque todos los que se huyeron, se habían recogido allí; y habiendo repartido todos los esclavos, que serían como tres mil, con los que habían traído de Cuyna, muy contentos QUEDARON los soldados del virrey con tantos esclavos como les habían cabido, con que podían poblar pueblos, aunque duró poco á los soldados su alegría, porque estando haciendo vela Miguel de Ibarra una noche, dió orden de soltar todos los esclavos y presa, como lo hizo, estando todos los del ejército muy descuidados, no considerando la pena que Miguel de Ibarra tendría de que le hubiesen destruido y dejado sin pueblos, pues les querían llevar la gente sin poderlo remediar, y el caso sucedió en esta manera: que una noche llamó á ciertos amigos suyos y entre ellos á Pedro Sanchez Herrero, y fueron á donde los esclavos estaban y los soltaron, porque de más de tres mil que eran, no quedaron ciento. Este hecho se hizo con gran secreto, pero en el mismo hecho se daba á entender que lo había hecho Miguel de Ibarra, y así se andaban quejando de él los soldados, hasta que lo vino á saber el virrey y lo rió mucho, y para contentarles y aplacarles dijo: "Miguel de Ibarra ha hecho muy bien, y yo hiciera lo propio, y harto necio fuera él si no lo hiciera, y más no teniendo otra hacienda, NO PODÍA pasar por ello viéndola acabar y asolar. Aquí no venimos á destruirle ni á quemarle, que hartos indios le hemos acabado y ellos se han muerto y despeñado. Ya esto es hecho; cada uno meta la mano en su pecho; noticia tengo que estos indios son emperrado y que desean acabarnos, y que están retirados en el Mixton. De allí nos cabrá tanta parte, que sea bastante, porque llevar-

los todos de aquí y de allá, será hacer gente que nos mate después, y si los llevamos, ¿quién ha de servir á estos pobres españoles que están en estas partes? Considérese que cada uno hiciera lo propio y cada uno mire por su hacienda, que ellos son trances de guerra, y en el Mixton nos desquitaremos.”

En este intervalo de tiempo, sucedió que en el real del virrey dos caballeros de los que vinieron con él, que el uno se llamaba Angel de Villafaña, que fué uno de los soldados primeros que vinieron á la Galicia con Francisco Cortés de San Buenaventura, antes que viniese Nuño de Guzmán; y otro hidalgo, se desafiaron, y no se sabe la causa. El Villafaña anduvo muchos días rehusando el salir al desafío, y el otro, siempre que le encontraba, le llamaba y incitaba, y viendo que no quería salir, se puso en el vientre unos cacles ó zapatos de nequen como los que usan los indios, que le cubrían también el estómago, y yendo una vez descuidado Villafaña, le salió al encuentro diciendo que se había de matar con él. Villafaña le respondió que no tratase de aquello y se fuese con Dios y tuviese respeto al Sr. virrey, al gobernador Oñate y á los demás caballeros que allí estaban; y apenas hubo acabado su razón Villafaña, cuando el otro se fué para él echando mano á la espada, y el Villafaña, defendiéndose, le tiró una estocada que le acertó por medio de la junta de los cacles, y dándole en el estómago, dió con él muerto en el suelo, sin poder decir: ¡Dios sea conmigo!

Esto es lo que hace la soberbia. El se presentó luego y fué dado por libre. El virrey consoló á los soldados diciendo que en el Mixton henchirían las manos, con que iban muy contentos y pagados, y después reían la burla que Miguel de Ibarra les había hecho; y luego mandó saliese el campo de allí y marchase para el río de Xuchipila y Mixton.

CAPITULO CXXXIX.

En que se trata de cómo el virrey Don Antonio de Mendoza y el gobernador Cristóbal de Oñate fueron con el ejército al Mixtón, y lo que sucedió en él.

Año de
1542.

Luego que se desembarazó el ejército del peñol de Nochistlán, tuvo noticia el virrey que los indios huidos que se escaparon en gran número, se fueron á empeñolar al Mixtón, por ser la fuerza más inexpugnable que tenía toda la Nueva España, y allí se juntó toda la masa de la rebelión, y así salió con la mayor presteza que pudo de Nochistlán y fué á dormir á la villa vieja de Guadalajara, y otro día caminó marchando con mucha orden por el puerto y montes de Nochistlán á Xuchipila y bajó á aquellas poblaciones, que eran muchas y de mucha gente; y habiendo llegado al pueblo de Xuchipila le halló despoblado, porque todos los indios se habían huido y retirado al Mixtón, que está en frente del pueblo de Apozotl; y habiendo corrido los soldados todas aquellas poblaciones, las hallaron yermas y supieron todos estaban encastillados con los otros, porque como supieron los indios la gran pujanza que el virrey traía de soldados y indios amigos, y los grandes castigos que se hacían y las fuerzas tan grandes que habían ganado y arrasado y lo sucedido en los peñoles de Nochistlán y Cuyna, porque todos estaban confederados para la guerra, se fueron al Mixtón y se fortalecieron con doblados reparos. No era necesario hacerlos, porque según el nombre de *Mixtón*, que en la lengua española quiere decir *gato*, era tal la fortaleza y peñol, que si no eran gatos, nadie podía entrar ni subir á él por las muchas rocas, peñas tajadas y peñascos terribles que tiene para su defensa, como lo fué al principio de su alzamiento cuando fué desbaratado el capitán Miguel de Ibarra y la mitad de

sus soldados, y á Mota, oficial de hacer ballestas, á cuyo cargo estaba aderezar la arcabucería, pareciéndoles á los enemigos sería lo propio con el virrey y su gente, aunque temerosos, se fortalecieron con nuevos reparos de albarradas, de piedras rodadizas, y llamaron mucha gente para su defensa, barruntando el daño que les podía venir.

Fuera de esto, enviaron al pueblo de Xalpa y á los tzacatecos á darles aviso, pidiéndoles socorro para resistir al virrey y á su campo, diciéndoles que no temiesen de venir, porque tenían gran fuerza, y sobre la que tenían habían hecho otras, que todo el mundo no les entraría, y que esperaban en sus dioses vencerían á los españoles y los echarían de su tierra de una vez, para lo cual tenían recogidos muchos bastimentos y lo necesario para su sustento, prometiéndoles que, vencidos los españoles, habría muchos despojos y serían todos para ellos; pero los indios tzacatecos no quisieron venir en cosa de las que les dijeron, porque de tiempos muy atrás eran enemigos de los caxcanes, y temieron no fuese alguna celada falsa. Los de Xalpa, que estaban cinco leguas de los de Mixtón, y eran más de mil indios (hoy no hay cincuenta), dijeron irían, y queriendo salir, el cacique Don Francisco, á quien sacó el capitán Miguel de Ibarra con los dos mil indios de su parcialidad del peñol de Nochistlán, mandó que ninguno de los suyos fuese, y le dijo al señor y cacique de Xalpa, que no le pasase tal por el pensamiento, porque venía el virrey muy pujante y se vería en mucho peligro y trabajos. Oído esto por el cacique, no fué él en persona, pero fueron de sus vasallos la mitad. Luego los mensajeros del Mixtón fueron al valle de Tlaltenango y Tepechistlán y al Tuich ó Teul, y les propusieron su plática ó embajada, los cuales vinieron en lo que decían y luego se fueron al Mixtón, donde se metieron con los demás; pero los del pueblo del Teul ó Tuich, respondieron que ellos no querían guerra con los españoles, porque eran sus amigos y no les hacían agravios, y que cuando ellos quisieran hacer guerra, mejor fuerza tenían en su pueblo que en la del Mixtón, y que no querían inquietarse, y que si los españoles fuesen á do ellos estaban,

que ellos abrirían su fuerza y la entregarían al virrey, y que para qué andaban inquietando y levantando la tierra, que lo mejor era paz, y que si no querían, que se fuesen.

A estas razones dijeron los mensajeros: "Verdaderamente que sois cobardes y gallinas, y mancebas de los españoles, pues no os atreveis á ir allá." A que el cacique les respondió que mentían diciendo: "En nosotros no hay nada de eso, y para que probeis nuestro valor y quién somos, irémos allá y nos meteremos entre vosotros y sin ayuda de nadie: nosotros saldremos solos y entraremos en el ejército del virrey peleando y venciendo, aunque nos maten; y entonces conoceréis quien somos y nuestro valor." Con esto se volvieron los mensajeros, llevando consigo más de diez mil combatientes de la gente que recogieron, sin los cinco mil de Xala. Despacharon también mensajeros á la barranca grande del Río Grande y á la de Mezquituta, para que viniesen á matar al virrey y á su gente, y fueron más de doce mil indios, que casi quedó todo despoblado; y á la voz de este alzamiento, vino gran cantidad de indios hasta del río y sierra de Tepec.

Empeñolados ya tanta cantidad de enemigos con sus mujeres y hijos, hacían grandes amenazas amenazando hacía el Oriente y diciendo que habían de acabar á los españoles y al virrey, y después habían de ir á destruir á México y hacer que los españoles se fuesen á España, y que de esta vez no había de quedar cosa en pié, sino todo llano. Y esto decían muy soberbios y bravos. Había en el Mixtón cien mil enemigos, sin niños y mujeres, aprestados para la defensa y para resistir al virrey y á su gente, todos cargados de muchas piedras y galgas, esperando su ventura ó desventura; y habiendo llegado el virrey á Xuchipila y visto la braveza de la gente y lo que pasaba y que toda la tierra y al derredor estaban alzados y con tanta multitud de enemigos empeñolados en el Mixtón y ser el negocio de mucha consideración, y que si se detenía había de crecer más el número de los enemigos que los trabajos de la tierra y soldados, mandó el virrey hacer junta de guerra y que llamasen al gobernador Oñate y al capitán y sus soldados

para que se hallasen presentes á tratar en lo que se debía hacer en aquel caso, y habiéndose juntado, habló el virrey diciendo al gobernador y demás capitanes: "Señores, aquí hemos venido para que se concluya la pacificación de este alzamiento y rebelión, y para que se pongan los medios eficaces para su fin, antes que á los enemigos se les aumenten las fuerzas y socorros, porque tengo noticia de que cada día se les agrega gente belicosa y restada, y pues el señor gobernador Cristóbal de Oñate y sus capitanes y soldados conocen la tierra, vean de adonde les vino el daño la primera vez, y allí pongan todo cuidado y recato, y sus reales y estancias, y á cargo del señor gobernador estará disponer lo que convenga y ordenar el campo, que yo y mi gente acudiremos á lo que su merced ordenare."

Acabada la junta, marcharon todos desde el pueblo de Apozotl para el Mixton, y llegados, repartieron los reales por estancias, plantando la artillería en frente de la mayor fuerza de los enemigos, y detrás de ella, lo mejor del sitio, las tiendas del virrey: y estando puestos todos en muy buena orden, el gobernador Oñate dijo al virrey: "V. S. ordene y mande." A que respondió el virrey: "Haré yo de muy buena voluntad siendo de los primeros soldados en obedecer," y entonces le dijo Oñate: "No queremos poner á V. S. en tanto peligro. V. S. se esté en su tienda sin hacer mudanza, alentando con su vista y presencia los ánimos de los soldados de su ejército para los combates, que esto conviene," y luego fué á ver y poner su campo, y el virrey se armó muy bien, y todos aquellos caballeros que con él estaban, á los cuales les dijo: "Aquí no hay más sino obedecer lo que se nos manda."

Ya que el gobernador Oñate tuvo puesto en orden todo el campo, como es costumbre en tales casos, y buena milicia de guerra, y antes que llegase á rompimiento, fué con toda la gente de á pié y á caballo á la tienda y real del virrey, y allí hizo reseña de ella, y todos iban muy lucidos y bien armados, y por listas los fueron repartiendo por capitanías. Serían hasta seiscientos españoles, haciendo oficio de capitán general, y luego pa-

saron los soldados y indios amigos mexicanos con sus capitanes, muy aderezados de plumería, y habiendo hecho esto y señalado la parte á donde habían de estar, mandó que cada capitán se fuese á su puesto. Estaban los enemigos viendo la reseña desde lo alto, y comenzaron á dar voces y grita diciendo: "Ya se van las gallinas!" pero como vieron volver á los españoles á las estancias y reales y ponerse en orden de pelear, hicieron ellos lo mismo. Luego salió el virrey á caballo y fué á los reales y alojamientos de los capitanes, y les dijo que se holgaba mucho de verlos tan aderezados y dispuestos para combatir aquella fuerza, y que en la ocasión peleasen con ánimo varonil, porque en esta victoria consistía la pérdida ó ganancia de toda la Nueva España, y que confiaba en Dios y en el esfuerzo y valentía de tan grandes y valerosos capitanes y soldados, no la tendrían los enemigos, sino ellos, pues era en servicio de su Divina Magestad, y que advirtiesen que allí iba la honra y convenía no hubiese descuido en cosa alguna, pues por fiarse los españoles de los enemigos la primera vez, fueron vencidos y muertos, y que pues tenían ya experiencia, se guardasen y peleasen valerosamente, como se esperaba de tales personas lo harían, y que les apercibía estuviesen á punto para que otro día de mañana se diese el combate.

CAPITULO CXL.

En que se trata cómo los españoles vencieron con el ayuda del apóstol Santiago, y de lo que el santísimo y venerabilísimo P. Fr. Antonio de Segovia trabajó en esta ocasión en reducir á los indios, y se prosigue la materia del pasado.

Año de
1542.

Descansaron aquel día y le gastaron en aderezarse, y luego el otro día por la mañana, se juntó todo el campo en el real